

Dios y Europa*

José Antonio Zarzalejos

Documentos

La palabra “Dios” no es, como afirmó en este periódico el filósofo alemán Meter Sloterdijk, “una resonancia entre los hombres y lo desconocido”. La resonancia es la prolongación de un sonido que se va degradando y llega a desaparecer por completo. Dios no es una evocación esotérica como pretenden muchos intelectuales que, al no poder negar su arraigo en los hombres y la fuerza motriz de lo divino en la historia de la humanidad, evitan esta realidad mediante definiciones extravagantes en las que se rebaja la creencia trascendente a una idolatría puramente antropológica. Debe reconocerse, sin embargo, que esta intensa y constante labor intelectual –que parte de un racionalismo a ultranza y del más estricto historicismo moral– ha creado un estado de opinión en el que resulta explicable la beligerancia laicista y la remisión a las esquinas más lúgubres del pasado la identidad cristiana de la mayoría de las sociedades europeas.

La clase dirigente de la UE –con excepciones notables, pero minoritarias como se ha demostrado en la Cumbre de Bruselas–

* Opinión, *ABC*, domingo 20 de junio de 2004.

se ha negado en rotundo a incorporar al prólogo del Tratado Constitucional Europeo una mención al cristianismo. Los argumentos para eludir este pronunciamiento son confusos y de clara inferioridad.

La mención expresa a la raíz cristiana en el prólogo de la Constitución europea no implicaba ninguna coersión y, mucho menos, exclusión. Hubiese sido un acto afirmativo, no excluyente e integrador de valores que de la confesionalidad han pasado con naturalidad al acervo común frente a la cultura islámica. Y lo que es peor, tratan de ocultar así uno de los factores culturales, morales e históricos que más identifican la trayectoria de Europa. No podrían entenderse los propios movimientos internos de carácter unitario en el Continente sin la centralidad del cristianismo.

Juan Pablo II, ahora que su protagonismo ha sido de nuevo recordado a propósito del fallecimiento del presidente Ronald Reagan, con su persona, pero sobre todo con su mensaje confesional y lleno de valores liberadores, ha jugado un papel europeísta —es el caso de su Polonia natal— que difícilmente será igualado por cualquiera de sus contemporáneos. Olegario González de Cardenal recordaba, también en estas páginas de *ABC*, que el fundamento de valores que se tienen ahora como “naturales” proceden del cristianismo: la consideración de la persona; la familia y el matrimonio; la defensa de la vida y, en palabras de Goethe, el respeto a lo sagrado como “la parte mejor del ser humano”. El cristianismo no es sólo creencia trascendente; es también un continuo cultural, una forma de expresión de la definición de los valores sociales, una referencia colectiva válida que está en los fundamentos de la construcción de Europa a través de la militancia cristiana y democrática de los padres fundadores alemanes, italianos y franceses.

La mención expresa a la raíz cristiana en el prólogo de la Constitución europea no implicaba ninguna coerción y, mucho menos, exclusión. Hubiese sido un acto afirmativo, no excluyente e integrador de valores que de la confesionalidad han pasado con naturalidad al acervo común.

El laicismo europeo no quiere admitir que somos lo que somos por el depósito acumulado de nuestro pasado, del que aprendemos y que, sobre todo, nos explica. Cuando otras culturas incubadas en creencias religiosas se cohesionan frente a la nuestra, en

Documento

contradicción abierta con los logros de la cristiana, parece puramente táctico y empobrecedor ocultar nuestra identidad colectiva y dejarla en una “resonancia” con lo desconocido, como si el Dios cristiano hubiese sido un cabo suelto, una irregularidad o una rareza de nuestra historia. Con estas y otras amputaciones culturales y moralmente identitarias de Europa, la increencia en un proyecto colectivo en el Continente lejos de remitir, progresará.